

# Iglesias africanas, celibato e inculturación

**D**ebo reconocerlo: no es lo más indicado que un no africano escriba sobre las iglesias africanas y su inculturación. Nunca lo he hecho. Si hoy me decido a hacerlo «con temor y temblor», es porque, en años pasados, a unos y otros –pero en primer lugar a los africanos– nos ha faltado la necesaria libertad de espíritu, propia de la vocación cristiana (1), para abordar fraternalmente algunos de nuestros problemas eclesiales, siguiendo el ejemplo que nos da el mismo San Pablo en sus cartas.

Juan Antonio Irazabal, SJ\*

(1) Gal 5, 1-13.

\* Director de *Mensajero del Corazón de Jesús* y autor de *Norte y Sur, unos pero enfrentados* (Mensajero, 1993). Colaboró en la pastoral parroquial y en la enseñanza en la República Democrática del Congo, en particular como profesor y acompañante espiritual en el Seminario Mayor de Kisangani y en el Instituto de Filosofía *Canicius* de Kinshasa.

**D**URANTE todo el siglo XX, las Iglesias católicas africanas han ofrecido a sus respectivos pueblos unos servicios muy apreciados, sobre todo por la gente sencilla. La Iglesia universal sabe también que la vitalidad de estas Iglesias constituye una de las más firmes esperanzas de que, en el futuro, la Buena Noticia seguirá llegando a toda la humanidad. Hoy, sin embargo, es preciso hablar de unas experiencias negativas que han causado gran dolor a todos los miembros de la Iglesia, sobre todo a no pocas religiosas africanas, a sus familias y congregaciones y al pueblo fiel. Lo hacemos —hay que reconocerlo— forzados por los medios de comunicación que han lanzado el tema a la opinión pública, como es su deber, aunque no siempre con el debido respeto a la verdad y exactitud de los hechos (2).

### Los hechos

**ACUSADO** de fomentar una «conspiración del silencio», el 20 de marzo pasado el Vaticano reconocía, por boca del director de la Sala de Prensa, Joaquín Navarro-Valls, la existencia de una larga serie de abusos sexuales y violaciones cometidas por sacerdotes contra candidatas a la admisión en centros educativos católicos y contra religiosas. Se supo entonces que la religiosa y médica norteamericana Maura O'Donohue había enviado, ya en 1995, a la Congregación de Religiosos de la Curia vaticana, un informe en el que se citaban hechos acaecidos en veintitrés países de los cinco continentes, entre ellos Brasil, Colombia, Filipinas,

(2) Sobre los hechos que aquí vamos a comentar, la manera como han sido tratados por ciertos medios y las reacciones de autoridades y organizaciones eclesiales, cfr. *Vida Nueva*, n.º 2275 del 31 de marzo pasado, pp. 12-13 y 18-20 y *Mundo Negro*, n.º 451 del mes de abril, p. 4. Más expresamente, es preciso recordar la grave desinformación causada a la opinión española por los titulares de *El País*, en primera página, el 21 de marzo pasado, titulares que, el día siguiente, serían repetidos por otros diarios: «El Vaticano reconoce que cientos de monjas han sido violadas por misioneros». «El defensor del lector» del citado diario reconoció el 1 de abril (p. 14) que tal titular era erróneo y presentó como disculpa que el error provenía del diario italiano *La Repubblica* y de la «reducción insalvable que exigen los titulares (que) lleva a cometer errores». Las excusas parecen poco convincentes y, desde luego, no guardan proporción con el mal ocasionado. En la fuente de la noticia, los misioneros sólo figuraban por haber denunciado aquellos abusos sexuales. *El País* no publicó la rectificación solicitada por el misionero javeriano Salvador Romano Vidal.

Estados Unidos, Irlanda e Italia; los países africanos eran los que más veces aparecían citados. «*Sacerdotes y responsables de la jerarquía católica abusan de su poder y traicionan la confianza depositada en ellos*» por laicas y religiosas obligadas a ceder a sus abusos, había denunciado sor Maura O'Donohue. Y, cuando éstas se quejan o denuncian, «*no se les escucha*». Entre otros, la religiosa norteamericana citaba el caso de una superiora que fue relevada del cargo por su obispo por haber denunciado que 29 de sus religiosas se encontraban embarazadas.

Otra religiosa, Marie Mc Donald, superiora de las Misioneras de Nuestra Señora de África, envió también (en 1998) al Vaticano un informe con hechos parecidos, informe en el que lamentaba «*la falta de inspecciones y la conspiración del silencio*». Poco después, el obispo de Sydney, monseñor Goeffroy Robinson, rompía esta aparente «ley del silencio» durante un Sínodo de los obispos de Oceanía y afirmaba igualmente que «*los abusos sexuales por parte de sacerdotes y religiosos se han convertido en el principal obstáculo a la predicación del Evangelio en Oceanía*».

## El contexto social

### *¿Imposible celibato?*

ÁFRICA es el continente más frecuentemente citado en los dos informes enviados a la Congregación de Religiosos. Este dato ha desatado inmediatamente la imaginación de algunos europeos que, sin haber puesto jamás los pies en dicho continente ni haber convivido con sacerdotes, religiosos o religiosas africanas, se permiten sentenciar que el celibato no está hecho para los africanos o que el supuesto culto a la fertilidad, propio de aquellas culturas, no les permite la renuncia a una posteridad carnal.

Estoy convencido de no equivocarme al afirmar que todos los que hemos tenido la suerte de convivir con religiosos y sacerdotes africanos y de tomar parte en los diversos niveles de su vida eclesial hemos conocido a africanos de ambos sexos que vivían con armonía y generosidad su celibato por el Reino de Dios. Naturalmente con sus debilidades e infidelidades, que todo cristiano —sea célibe o casado— se atreve a reconocer, confiado en la ayuda y el perdón de Dios. En África, como en Europa y en los demás continentes, la vocación al celibato sigue siendo un signo de la presencia del Reino, de la entrega total de muchos sacerdotes y religiosas al anuncio de la Palabra, a la ins-

trucción de los pobres y al alivio de las dolencias corporales y espirituales, que afligen sobre todo a los más pobres. (Entre paréntesis, si la posibilidad del celibato en las Iglesias europeas debiera deducirse de las costumbres sexuales de las que actualmente se hace gala en Europa, la conclusión no sería muy diferente de la que algunos imaginan para África.)

### *El mito de la fertilidad*

POR lo que se refiere al mito de la fertilidad que se atribuye a los africanos y que los mismos africanos no pocas veces se atribuyen, la demografía puede proporcionar una explicación objetiva y convincente de la manera como allí se valora la fertilidad (explicación que, por supuesto, no excluye la manera subjetiva como cada persona o cada pareja pueda vivir su deseo de descendencia). Hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, no empezó África a disfrutar de la higiene y prevención médicas, capaces de reducir las fortísimas tasas de mortalidad que hacían necesario tener ocho, diez o más hijos para poder contar únicamente con dos o tres descendientes. Esa misma había sido la situación en toda la humanidad —incluida, por supuesto, Europa— hasta fines del siglo XVIII. En tal situación, engendrar el máximo de hijos es la primera condición de supervivencia de cualquier sociedad. De ahí que, en la mentalidad tradicional, —también la africana— una descendencia numerosa constituye un valor social indiscutible.

Pero, actualmente, África ha entrado ya en lo que los demógrafos llaman la «transición demográfica»: el continente negro está pasando del equilibrio demográfico primitivo (basado en una alta natalidad como respuesta a la alta mortalidad) al nuevo equilibrio demográfico, en el que una natalidad más baja se va adaptando paulatinamente a una mortalidad de tasas más reducidas (3). Hoy en día, también en África, asegurar vivienda, alimentación e instrucción a una prole numerosa, sobre todo en las ciudades, constituye un terrible quebradero de cabeza para las familias. De ahí que el control de la natalidad se extienda cada vez más por todo el continente.

(3) Cfr.. René Valette: *Catolicismo y demografía. Iglesia, población mundial, control de la natalidad*, p. 41-59, Mensajero, 1998.

## *La implosión de los Estados*

QUIENES han asistido a la evolución de las mentalidades en los seminarios y casas de formación de religiosos durante estos últimos lustros atribuyen un influjo mucho más determinante en los hechos reseñados al progresivo deterioro de las condiciones de vida en las sociedades africanas y a la quiebra de muchos de los Estados africanos poscoloniales (4). Tras las vacas gordas de los años sesenta y setenta, en los que la enseñanza era casi enteramente gratuita, tanto en el nivel primario como en los niveles secundario y universitario —entonces en plena expansión— y en los que los jóvenes provistos de diplomas estaban seguros de encontrar un buen puesto en el sector privado y, más aún, en el sector público o como funcionarios, el Estado ha ido reduciendo sus servicios hasta casi desaparecer él mismo del escenario social.

A partir de los años ochenta, en no pocos países africanos, la única institución que seguía funcionando, incluso cubriendo los huecos que iba dejando el Estado, era la Iglesia. En un contexto social extremadamente deteriorado, los seminarios y las casas de formación de los religiosos y religiosas no sólo ofrecían la posibilidad de realizar estudios gratuitos, sino además la de ejercer una «profesión», si no muy bien remunerada (muchos sacerdotes diocesanos viven en una indigna pobreza), sí ciertamente de muy alta consideración social.

## *Machismo y autoritarismo*

ÁFRICA dista de poseer el monopolio del machismo. Pero difícilmente puede negarse que en sus sociedades —hoy todavía de marcado carácter tradicional— los varones controlan no sólo el poder, sino también la economía y hasta la alimentación familiar (por ejemplo, en algunas etnias las mujeres tienen prohibido comer huevos). El hecho de que muchas etnias sean matrilineares no cambia para nada tal situación: aunque los hijos pertenezcan al clan de la madre, los que tienen autoridad sobre ellos son los tíos maternos y, en general, los varones del clan materno. La mujer es la gran productora: ella trae al mundo a los hijos, se ocupa de la casa, cultiva los campos y asegura el alimento familiar, mientras el varón se

(4) Cfr. Sylvie Brunel: *Seguirán muriendo de hambre*, Segunda parte: «Unas poblaciones sacrificadas», Mensajero, 1998.

reserva para la guerra (en otros tiempos y, de nuevo, en éstos), la caza, los pleitos y el gobierno de la aldea o el clan. En semejante contexto, la posibilidad de resistencia de la mujer a las pretensiones, imposiciones o caprichos del varón es muy reducida, por no decir nula.

Igualmente, el respeto reverencial ante cualquier persona revestida de autoridad es, sin duda, mayor que en las actuales sociedades del hemisferio Norte, basadas en los valores individuales y en los ideales de la Revolución Francesa. En las sociedades tradicionales en las que se desarrollan todavía las relaciones de la mayor parte de los africanos, uno de los valores esenciales es la cohesión del grupo o la solidaridad del clan. Criticar al jefe —no digamos nada, denunciarlo— o apartarse de los modelos de comportamiento que impone la costumbre es poco menos que inconcebible. Los más atrevidos o los más críticos censurarán en privado ciertos comportamientos de las autoridades civiles o religiosas, pero son muy raros los que se plantean la posibilidad de manifestar un punto de vista divergente.

Es significativo que en la nueva liturgia zaireña (o congoleña), el sacerdote emplea ciertas insignias de los jefes tradicionales (una vez más, tampoco este detalle es exclusivo de las Iglesias africanas: las mitras y otros ornamentos litúrgicos de la Iglesia católica romana tienen sin duda el mismo origen). El hecho es que, en la actualidad, el clero africano, sobre todo el alto clero, tiene una fuerte tendencia al autoritarismo, al ejercicio de una autoridad indiscutible, hasta el abuso, respecto a sus subordinados, no sólo respecto a las mujeres y los así llamados «simples fieles», sino también respecto a varones (religiosos y sacerdotes nativos u oriundos de otros continentes) de rango inferior. Pero, en el caso de las mujeres, el peligro de abuso es aún mayor; lo recuerda sor Maura O'Donohue en su informe: «*Para una mujer resulta imposible decir no a un varón, sobre todo a un superior en edad o a un sacerdote*».

## Contexto eclesial

EL actual contexto eclesial ha pesado también fuertemente en la aparición —y más aún en la permanencia— de los abusos sexuales que lamentamos.

### *Cierta obsesión por las «vocaciones»*

TRAS medio siglo de rígido —y muy desinteresado— control de las Iglesias africanas por parte del clero misionero,

llega en los años sesenta, con las independencias, la necesidad de preparar lo más rápidamente posible una Iglesia de rostro africano. Las autoridades del Estado se han africanizado de la noche a la mañana, y la Iglesia no quiere aparecer como un cuerpo extranjero: hacen falta no sólo curas y monjas, sino también obispos africanos. En la década siguiente, este objetivo está ya conseguido: en países como el Zaire-Congo, todos los obispos son ya autóctonos. Se producen no pocos roces entre el clero local y los misioneros, que, además, pertenecen, en su mayoría, al clero regular y, por lo mismo, disfrutan de cierta independencia respecto a los obispos. Estos quieren tener un clero diocesano abundante, en primer lugar, para la atención pastoral de unas parroquias en pleno desarrollo y, también, para liberarse de la tutela de las congregaciones religiosas.

Roma ve, obviamente, con buenos ojos la política de promoción del «clero indígena», en conformidad con cierta teología de la misión, que asignaba a ésta como finalidad primera la «implantación de la Iglesia» y casi identificaba jerarquía a Iglesia. Se abren más y más seminarios. El discernimiento de las vocaciones es muy somero, a veces inexistente. Está mal visto mostrarse exigente en este terreno: se considera como una forma de colonialismo. Roma es generosa en las subvenciones que concede a los seminarios mayores, a los que va a parar una buena parte de lo que recaudan las Obras Misionales Pontificias. Lo hace, además, con un criterio discutible, estableciendo una cantidad fija por seminarista: un motivo más para promover las «vocaciones».

¿Cómo se trata el tema del celibato en semejante contexto? La verdad es que apenas se trata: es un tema tabú. En materia de castidad, se es más bien severo con los seminaristas, y muy poco severo con los sacerdotes que han tenido alguna «aventura». De ahí ese secreto a voces de los grandes seminarios: la llamada «estrategia del submarino»: no moverse y ser formal hasta la ordenación. Una vez ordenados, los que no han aceptado interiormente el celibato lo consideran como una imposición externa y llegan a no considerarse obligados por la promesa pronunciada.

Por su parte, los obispos, en general, amonestan cuando se produce algún escándalo, e imponen leves sanciones que a nadie impresionan. Por lo que se refiere a su preocupación por la formación de los seminaristas, era rarísimo ver a un obispo en el seminario (a nuestro seminario acudían candidatos de ocho diócesis y los obispos tenían que pasar junto a él en sus idas y venidas a Kinshasa y a Europa); más raro aún era que se interesaran por conocer el punto de vista de los formadores. Por lo general, evitaban tratar del celibato, aunque el problema era patente y se comentaba ya en la déca-

da de los ochenta. Al parecer, algunas Conferencias Episcopales africanas eran partidarias de no imponer a su clero el celibato y así lo habían manifestado a la Santa Sede. Pero, por lo general, se tenía la impresión –a falta de información– de que los obispos africanos decían en Roma lo que Roma deseaba escuchar –estaban en juego muchos miles de dólares–, para después seguir manteniendo una postura ambigua en materia de celibato.

¿Y cómo actuaba Roma? Las Congregaciones vaticanas están, al parecer, bien informadas. El autor de este comentario tuvo la ocasión de participar plenamente en la visita al Seminario Mayor de un visitador enviado por la Congregación de Seminarios: el visitador fue un sulpiciano, persona de gran experiencia en la formación del clero; hizo su visita con tacto y claridad; los miembros del equipo de formadores dijeron que sí a todo lo que el visitador sugirió y mandó; pero, tras despedirle con mucha cordialidad, las cosas siguieron como antes y hasta se hizo chanza de su «ingenuidad». Roma, con su experiencia multisecular, no desconoce la debilidad humana, es paciente y tolerante. Pero no se replantea la actual disciplina. No parece tener muy en cuenta la situación –probablemente insostenible– de los sacerdotes que viven prácticamente aislados en las parroquias rurales en una tremenda soledad. Roma ve las cosas a muy largo plazo. Pero las víctimas de los abusos sexuales –y los clérigos indignos, y los fieles sacrificados y generosos, y los no bautizados que padecen el escándalo– tienen una existencia muy limitada: su vida –humana y cristiana, incluida su eternidad– se juega en el breve espacio de unos pocos años... En la Iglesia católica el nivel institucional parece primar sobre el nivel existencial y personal, si no en el plano de las intenciones, sí probablemente en el de las decisiones públicas.

### *¿Qué clero?*

SIN caer en generalizaciones abusivas, parece obligado reconocer que la imagen del clero sale muy debilitada de semejante situación.

Ciertos sectores del clero viven una cierta situación de esquizofrenia. En primer lugar, por su condición de «intelectuales» a caballo entre dos culturas: la africana y la occidental recibida durante sus largos estudios de filosofía y teología. Y, sobre todo, por no haber asumido con libertad y franqueza su situación de célibes, algo que forzosamente han de experimentar como una gran frustración.

El prestigio del clero ha de quedar muy dañado porque, en la mayoría de tales «casos», más allá de la disciplina del celibato eclesiástico, se atenta



contra valores humanos primordiales. Como en el caso de aquel obispo del noreste del Congo, condenado por un tribunal civil por no atender debidamente a las necesidades materiales y a la educación de sus hijos. Muchos catequistas casados ofrecen una imagen bastante más digna. El decoro de la Iglesia y el respeto al pueblo fiel exigiría poner las condiciones eclesiales para que semejantes hechos —y otros más graves recogidos en el informe de sor Maura O'Donohue— no se vuelvan a repetir.

## Reformas

*ECCLESIA semper reformanda*, reza el principio agustiniano. La difusión a los cuatro vientos de los dramáticos acontecimientos protagonizados por una parte del clero católico debería considerarse como una llamada urgente a la conversión, no sólo en el plano individual, sino también en el plano de las estructuras e instituciones eclesiales. La Santa Sede, por su portavoz, ha insistido en la urgencia de buscar soluciones para los casos individuales y en la urgencia de mejorar la formación de los futuros sacerdotes. Efectivamente, las responsabilidades individuales son insoslayables. Sin embargo, cabe pensar que no solamente han fallado determinados individuos sino también aspectos tan eclesiales o comunitarios como son el sistema de gobierno de la Iglesia y un signo tan importante de su misión como es el celibato por el Reino.

Al igual que el matrimonio-sacramento del amor de Dios, el celibato por el Reino es un signo profético que no coincide plenamente con los valores de ninguna cultura: ni pasada ni actual, ni africana ni occidental. Tanto el matrimonio-sacramento como el celibato por el Reino sólo se pueden abrazar desde la fe y la plena libertad de cada persona como respuesta a una llamada de Dios mismo (5). Ligarlos a instituciones o a estructuras puramente humanas (aunque hayan sido creadas por las legítimas autoridades de la Iglesia) puede alterar su sentido y conducir a situaciones dramáticas y escandalosas como las que estamos lamentando. Un misionero que actualmente ejerce su ministerio parroquial cerca de un seminario mayor africano comentaba recientemente, en relación con los hechos que ahora se han dado a conocer, que, en su opinión, la mayoría de los clérigos africanos acusados de abusos sexuales no sólo no tienen vocación al celibato: tampoco la tienen a la vida sacerdotal o apostólica.

(5) Mateo 19, 3-12. Solamente, «el que pueda con ello que lo acepte» (v. 12).

La Iglesia católica ha transplantado a otros continentes y a otras épocas el modelo de sacerdote y pastor que resultó de la contrarreforma tridentina. Ese modelo tiene sus grandes ventajas y ha dado también excelentes resultados (aunque los menos buenos son ocultados u olvidados). La Iglesia católica debería preguntarse si, en otros tiempos y lugares, concretamente ahora que la información no tiene límites ni fronteras, los inconvenientes de ligar obligatoriamente celibato y ministerio sacerdotal no son mayores que las ventajas. Igualmente, convendría preguntarse si unos seminarios alejados de la vida de las comunidades eclesiales, unos seminarios en los que de hecho prima el trabajo intelectual con el peligro de una orientación individualista, responden a las necesidades y expectativas del pueblo fiel.

No han faltado intentos de inculturar, concretamente en África, la figura del sacerdote católico, como el llevado a cabo por el cardenal Malula con los *bakambi*: aquel gran pastor seleccionó, para poner al frente de sus parroquias de Kinshasa, a fieles casados, de cierto nivel intelectual y con una profesión que les permitía ganarse dignamente al sustento de sus familias, y les fue proporcionando, mientras ejercían los ministerios pastorales, la necesaria formación teológica. La experiencia de los *bakambi* ha dado muy buenos resultados, pero no ha desembocado en la meta que Malula (según se decía en voz baja) había deseado: la ordenación sacerdotal. La encarnación o inculturación de este aspecto importante de la Iglesia africana parece seguir pendiente de una decisión del centro de la catolicidad.

Nuestro modelo de Iglesia tiene graves fallos. En nuestra Iglesia el obispo o el superior ordinario puede escuchar o no escuchar (se entiende que con voluntad de tener en cuenta lo que oye) a su clero y a sus fieles en general y, más en particular, a las víctimas de los abusos intraeclesiales: dependerá de su generosidad, de su valentía o de su santidad personal. Pero hay pocas garantías institucionales de que los abusos se van a corregir y de que los pequeños van a ser escuchados y respetados. En nuestra Iglesia los pastores parecen a veces más preocupados por complacer, por no disgustar o por quedar bien ante el superior jerárquico que por la justicia, el derecho o la mejor difusión de la Buena Noticia (6). En esta Iglesia nuestra, que ha producido documentos tan dignos de elogio sobre la convivencia social y los derechos de toda persona, todavía se dan demasiados abusos de autoridad cubiertos por el secreto y los procedimientos opacos.

(6) «Sabéis que entre los paganos los que son tenidos por jefes tienen sometidos a los súbditos y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre vosotros» (Marcos 10, 41-45).

La tremenda crisis económica y cultural por la que atraviesa el continente africano ha favorecido sin duda la aparición de los lamentables sucesos que sólo ahora han saltado a la luz pública. Pero los problemas de fondo son probablemente los mismos en la Iglesia católica de los cinco continentes. Y parecen exigir una mayor encarnación del mensaje de Cristo en las culturas locales y en los tiempos actuales, en consonancia con las exigencias éticas de nuestros contemporáneos, que muchas veces coinciden con las del Evangelio, probablemente porque han brotado en buena parte del mismo Evangelio.